



Las Batuelas desde la Peña de Francia

la facendera 

Asociación LA FACENDERA – Zamora, 64 (Ateneo) – Teléf.: 661600415 Fax: 923 269773 - 37002 Salamanca

Domingo, 20 de noviembre de 2005

SUBIDA A LA PEÑA DE FRANCIA

Ruta de los monjes. Desde El Maillo a la Peña.

La Peña de Francia y D. Miguel de Unamuno

Nadie mejor que el gran pensador, escritor y catedrático, D. Miguel de Unamuno, para darnos una hermosa visión, certera y poética, de lo que se siente desde la cumbre la Peña de Francia, y de la contemplación de los pueblos y paisajes, que desde allí se divisan, que hemos extraído de uno de los relatos de su libro: Andanzas y visiones españolas. En él podemos leer:

Para descansar de las visiones de las miserias de los barrancos hurdanos, para digerirlas más bien, que mejor sino la cumbre de la Peña de Francia, al abrigo del venerado Santuario ¿ Allá arriba, pues, ascendiendo paso a paso y huelgo a huelgo, el pedregoso sendero; allá arriba, a hacer provisión de sol y de aire y de reposo.

copo a copo, pues caían silenciosas, como cae la nieve, y blancas. Es el silencio sobre todo de lo que allí se goza. No se oye a la alondra que, elevándose desde los surcos del sembrado de las llanuras, siembra su canto desde el cielo, sino que se ve al buitre cernirse sin ruido sobre nuestras cabezas, o tal vez a nuestros pies, Porque hay aire debajo, como lo hay encima y en derredor de nosotros.



Virgen de la Peña de Francia

Y luego horas y más horas de de ver tenderse a nuestros pies, como un mapa que sobre una mesa se despliega, el llano. De la parte sur, por detrás de la intrincada malla de los montes de las

Hurdes, el llano de Extremadura brillando al sol y del otro lado, del norte, este mi campo de Salamanca, este dorado campo de mis ensueños de otoño. A mi derecha, al nacimiento, el macizo de la sierra de Bejar, el Calvitero, en forma de gigantesca parva. Mas acá de Bejar, y a mi derecha también, la región de la Sierra de Francia. El río Francia va allá por dentro de esa mancha que marca su tajo. Allí abajo está San Martín del Castañar, con las ruinas de su castillo cubiertas en parte por el manto verde de la yedra, y más allá después de pasado Sequeros, Miranda del Castañar, también y también con su castillo. A cada uno de estos pueblecitos se podría bajar en un vuelo desde esta altura, sin más que dejarse planear, con las alas quietas.

Aquí más cerca, diríase que a un tiro, otras ruinas, las ruinas del convento de debajo, junto al Maillo. Era el convento de invierno que tenían los dominicos que veraneaban en este convento alto de la cima de la Peña. Y entre este convento abandonado y aquel otro pobre convento de Franciscas, el del Zarzoso, que se ve allí blanquear en la cuesta, este manchón de verdura por donde se guarecen los corzos y a donde a las veces baja el jabalí.

A la izquierda, en aquel tapiz de tan variados matices y cambiantes, donde predomina el oro, brilla a las veces, a la caída de la tarde, y como un ojo celeste en la tierra, la laguna del Cristo de la Laguna. Otra vez, a la derecha, aquí, cerca, asomando tras esa loma, los tejados de la Alberca, a que domina la torre de la iglesia. Estos pueblos que se pueden abarcar así desde lo alto, en una ojeada, y que se diría cabe cogelos en un puño. Y allí dentro es todo un mundo. Y cerrando los ojos veo las negras calles de la Alberca, los balcones de madera, los aleros voladizos de

sus casas, las mujeres sentadas en el umbral de las puertas y los niños jugando en la calle, y allí, en la fuente, una moza llenando el cántaro. Y corre la vida, como el agua de un arroyo que baja de la cumbre entre guijarrales. Robustos castaños ciñen a la Alberca. Y los hombres miran al cielo, por si llueve sobre la tierra. ¿ Y si no llueve ¿. Si no llueve, los frutos abortan en leche, y a otros les ataca el tizón. Cuando el fruto de la encina, y aún el de otros árboles, enfermándose, se mela, destila a tierra mangla, que cosechan las abejas, pues es la mangla dulcísimo tributo para la miel de la colmena. Destila miel el pobre árbol enfermo.

Allá a lo lejos está la ciudad. No se la ve, pero se la adivina. Allá lejos tras la enorme parva del Calvitero, asoman los dientes de la sierra de Gredos, cual mordiendo el cielo, y recuerdo los versos del estupendo soneto de García Tassara, los que dicen: “ Cumbres de Guadarrama y de Fuenfría, columnas de la tierra castellana”.

El silencio está preñado de rumores y de las visiones de estos pueblecillos tendidos a mis pies parece subir la llamada de la patria. Esta alfombra que se despliega aquí, debajo mío, es un pedazo del cuerpo de España.

Hay que bajar de la cumbre, dejando a los buitres que se ciernan sobre ella. Dentro de unos meses la veré a lo lejos cubierta de nieve.

Miguel de Unamuno. Andanzas y visiones españolas. Noviembre de 1920.

La Cruz de Unamuno

En la cumbre de uno de los promontorios rocosos, al noroeste del santuario, se levanta una cruz de hierro que en el pasado era conocida como la Cruz del Peregrino, y en la actualidad se le conoce

como con el nombre de la Cruz de Unamuno. El cambio de nombre se ha realizado en recuerdo del ilustre escritor, que en sus visitas al santuario se retiraba a este lugar a meditar y escribir.

Invitado por su amigo francés Maurice Legendre y por los dominicos de San Esteban de Salamanca, Don Miguel pasó, en diversas ocasiones, algunos días en el santuario. ¿ Que buscaba y que encontró Unamuno en lo alto de aquel risco? El mismo nos lo dice:

¿Distracciones? ¿Diversiones? ¡No, a Dios gracias, no! Ni distracción, ni diversión, sino más bien intracción, e in-versión. Al perderse así en aquel ámbito de aire hay que meterse en sí mismo. Pero en el mejor sí.

Allí, a solas con la montaña, volvía mi vista espiritual de las cumbres de aquélla, a las cumbres de mi alma, y de las llanuras que a nuestros pies se extendían, a las llanuras de mi espíritu. Y era forzosamente un examen de conciencia. El sol de la cumbre nos ilumina los más escondidos repliegues del corazón.

El silencio de la cima

En el mes de agosto de 1911 y con motivo de una de sus visitas a la Peña de Francia, D. Miguel de Unamuno escribía:

Paso unos días en la cumbre silenciosa, en el Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, teniendo a un lado, al norte, la llanada de Salamanca, como un mar de cálidos matices sembrados de islas de verdura, los machones de las encinas, y de otro lado, al sur, las abruptas sierras de las Hurdes, y detrás la sábana de Extremadura. Y a los pies los pueblecillos de la Sierra de Francia, agazapados entre castañares, enviando al cielo limpio el humo de sus hogares, viviendo su vida recogida. Y allí arriba, en la soledad de la cumbre, entre los enhiestos y duros peñascos, un silencio divino, un silencio recreador. Silencio sobre todo.

He vivido unos días de silencio, de agosto

silencio. Ni chirriar de cigarras, ni gorjear de pájaros, ni balar de ovejas, y, sobre todo, nada del rumor enloqueciente de de las atareadas o alborotadas muchedumbres humanas.

Subí y permanecí allí con dos amigos franceses enamorados de esta nuestra inalterable y casi desconocida España: ésta la de los rincones donde todavía no llega ni el tren ni el automóvil. Vivir unos días en el silencio y del silencio, nosotros, los que de ordinario vivimos en el barullo y del barullo. Parecía que oíamos todo lo que la tierra calla, mientras nosotros sus hijos, damos voces para aturdirnos con ellas y no oír la voz del silencio divino. Porque los hombres gritan para no oírse, para no oírse cada uno a sí mismo, para no oírse los unos a los otros.

Y el silencio casaba con la majestad de la montaña, una montaña desnuda, un levantamiento de las desnudas entrañas de la tierra, despojadas de su verdor, que dejaron al pie, como se deja un vestido, para alzarse hacia el sol desnudo.

Allí, a solas con la montaña, volvía mi vista espiritual a las cumbres de aquélla, a las cumbres de mi alma, y de las llanuras que a nuestros pies se tendían, a las llanuras de mi espíritu. El sol de la cumbre nos ilumina los más escondidos repliegues del corazón.

Y aquí mismo, casi a nuestra mano, este pequeñito poblado del Casarito, cuatro o cinco casas escondidas entre rolles y castaños que dan la sensación de una paz perpetua.

Guías: Eloy Barrios y Juan J. Bautista